

Alvaro Castillo




Todo Queda
en **FAMILIA**

TODO QUEDA EN FAMILIA

(extracto: tres primeros capítulos)

~~ALVARO CASTILLO~~

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai

sungailola@gmail.com

INDICE

Uno

Dos

Tres

Enlaces

TODO QUEDA EN FAMILIA

El misterio está en nosotros mismos,
no en las palabras que usamos

JLB

UNO

1)

¿Cuándo, concretamente, empecé a sospechar yo que mi hermana Laura Magdalena se proponía asesinar a doña Concepción? ¿Por qué empecé a sospechar? ¿Cómo? Eran éstas las preguntas que yo me hacía y que no podía contestarme, que no he podido ni podré –acaso- contestarme nunca. ¡Una mujer tan pacífica, tan rutinaria e insignificante como Laura Magdalena, para no hablar de su honradez y sus altas miras morales, derivada en asesina! Mis confusas sospechas iniciales, cuando se concretaron en mi cerebro y cuando de inmediato los hechos –en vez de corroborarlas, como yo temía- las (para mi alivio infinito) refutaron, aparentemente, de momento al menos, me llenaron de bochorno; me sentí avergonzado, íntima y culpablemente degradado. No podía ser; me lo repetí innumerables veces.

Se podían derrumbar los cielos, se podían congelar los océanos, podían volver a la vida Homero y mi bisabuelo; inclusive cabía columbrar que la virtud y la decencia se impusieran un día al vicio y la corrupción en la sociedad humana: eran todas hipótesis concebibles, siquiera remotamente. Que Laura Magdalena pudiera alimentar propósitos homicidas no; era no otra cosa que una aberración de mi imaginación.

Eso me decía yo; los hechos habían demostrado lo injusto y arbitrario de mis sospechas. Yo –por ende- debía sentirme tranquilizado, devuelto a la monotonía rectilínea y esencial de la vida. Las dudas, sin embargo (o peor todavía: la insidiosa incertidumbre), me trabajaban, me corroían.

Lo pasaba muy mal.

Cuándo fue que la lateral sospecha se infiltró en mi cerebro no lo sé; no sé tampoco a raíz de qué.

Sé (recuerdo) que un domingo, a la hora del te, observé las afiladas facciones de Laura Magdalena, sus finos y pálidos labios prietos, su puntiaguda nariz, sus ojos como ascuas, sus dedos rígidos juntados en una postura orante y pensé, una oscura voz de vaticinio me hizo saber:

“Laura Magdalena aguarda a que la anciana muera. Hay veneno en esa taza y ella lo ha puesto allí”.

También me di cuenta que aquello era algo que yo sabía, sin traducirlo a pensamiento consciente, desde mucho tiempo antes.

Laura Magdalena y yo estábamos, aquella tarde (creo) de verano (de uno de esos veranos lánguidos e inconcretos de Montevideo), en la antecocina.

Ella trasvasaba el té de la caldera con pico a la tetera de porcelana. En la bandeja estaban las tazas, el azucarero, una jarrita de leche, gajos de limón en un platito, escones y masitas en

otros, un mazo de servilletas en el servilletero...

Yo miraba aquella bandeja entre fascinado y medio enfermo.

Lo pasaba cada vez peor.

Nuestro tío Federico y su mujer, doña Concepción Baucedo, tomaban el té, minutos después, sentados en torno a la mesa y platicando con mamá y Laura Magdalena, en el saloncito lindero del gran salón comedor, que era donde lo tomaban siempre. Yo, por mi parte, esperaba algo horrible, inmóvil y mudo, de pie, en la discreta penumbra del corredorcito porticado anejo, a unos pocos pasos de distancia.

Yo jamás he bebido té, debo señalarlo. Odiaba sentarme a aquella mesa siquiera.

Los veía, aquella tarde, a los cuatro, parlotear y pasarse unos a otros platitos.

Con el aliento suspenso esperé.

Valga decir ya que doña Concepción bebió aquel domingo su té y que nada le ocurrió; no entonces, al menos; no por el momento, quiero decir. A mí me torturó, a partir de aquellos instantes, un sibilino, un sigiloso remordimiento. ¿Cómo había podido yo atribuir tales maniobras a Laura Magdalena?

¡Menudo dislate!

¿De dónde procedía, no obstante, y de qué, por qué, desde cuándo, aquella repentina y harto dolorosa certidumbre mía? Que se hubiera revelado como falacia (por lo menos transitoria) me procuraba un claro alivio, a la par que una ligera sensación de infamia, pero no despejaba la incógnita; la dejaba en incierta, nada más.

2)

Por regla general, las cavilaciones que uno deriva de sus observaciones están viciadas y minadas por certezas traidoras, apriorísticas. Con esto quiero significar que yo debí darme cuenta mucho antes de cuáles eran las intenciones de Laura Magdalena respecto al obstáculo en que se había convertido doña Concepción para nuestra felicidad futura. Si me engañé fue porque, claro está, de lo mucho que la conocía, consideraba a Laura Magdalena como a un ser radicalmente inofensivo.

Grave error.

La noción del crimen necesario debió acceder a la inteligencia de mi hermana, que yo tenía —erróneamente— por virtual y esencialmente parsimoniosa (una inteligencia semejante, es-

to es, a la mía propia), acaso en el momento mismo en que yo, reo de estulticia, le comuniqué que a tío Federico se le acababa la vida, lo que ponía en grave riesgo nuestra herencia.

Si no me apercibí de esta terrible secuela de mis palabras (esto es: de que mis palabras la conducirían a ella, inexorablemente, y más temprano que tarde, a obrar como al final lo hizo) fue por el sencillo –y hartó falaz- procedimiento de descartar a Laura Magdalena de toda afinidad con la malicia.

Porque yo la conocía mejor que nadie (porque yo creía, me corrijo, conocerla mejor que nadie), porque la tenía previamente clasificada como a una solterona árida pero de buen corazón, de vida vulgar y honrada, ordenada, de miras morales altas pero materiales bajas, nada envidiosa de posesiones terrenales, irremisiblemente inofensiva e incapaz, por todo lo anterior, de hacerle daño a nadie, pensé que realmente – ¡tonto de mí! - Laura Magdalena era incapaz, en efecto, de hacerle daño a nadie.

Me equivocaba, claro está.

Y si me equivocaba, era por la razón más evidente a la par que más funesta y más traidora; la verdad –irrefutable- de lo que yo sabía de mi hermana – su bondad esencial, su honradez, su timidez, su discreción y su falta de ambiciones personales- me conducía al error. Me conducía, por desgracia –de lo que mucho tardé en darme cuenta-, indefectiblemente, al más craso e imperdonable error: el error del propio juicio.

Un grave error, es lo que quiero decir, de valoración ética. La vida de doña Concepción (lo debí saber) nada significaba para Laura Magdalena.

Releo lo antescrito y observo en mis palabras una flagrante confusión, una como cacofonía expresiva que me temo que es la resultante inevitable del estado caótico –tanto entonces como hoy día- de mi espíritu. Creo –quiero creer- que me disculpan mis escasas dotes para los menesteres literarios, mi nula práctica en el intrínquilis narrativo o el busilis de cronista, así como mi edad –claro está- ya provecta, factores todos ellos que se encuentran al margen, por desgracia, de mi voluntad. Y también he observado, creo yo, en lo que hasta ahora llevo escrito, un cierto afán apresurado mío, que es sin duda un defecto de (envejecido) principiante: el de querer ponerlo todo en claro y sobre el tapete de buenas a primeras.

Procuraré, a partir, pues, de este punto, de mitigar en lo posible los confesos –y confusos- excesos, defectos y errores y relatar los hechos y enumerar las circunstancias en su orden natural correlativo (siempre que pueda).

DOS)

1)

Recuerdo, pues, como punto de arranque, aquel día en que el doctor Peñalva pasó a vernos, como hacía ocasionalmente, al caer la tarde, sin avisar, para que lo convidáramos con un vaso de garnacha y galletitas saladas.

El doctor era un viejo amigo de la familia: su ya difunto padre había sido el más dilecto alumno de mi abuelo y su gran continuador; también el médico de cabecera de mamá y tío Federico, como él (el hijo), que lo había sucedido, lo era de Laura Magdalena y mío, aunque yo nunca me enfermaba entonces (Ahora estoy enfermo siempre, me acatarro con las primeras brisas del otoño y en primavera sufro de no sé qué alergia al polen y a las flores).

En aquella ocasión, yo pronto advertí que el doctor no había ido a casa a vernos en razón tan sólo del vino y las galletas; tampoco ni siquiera como tributo a la antigua amistad. Lo había llevado otro motivo más grave, del que nada dijo hasta que me pidió (terminado que hubo su vino y sus galletas y tras una charla insustancial con Laura Magdalena) que lo acompañara hasta su auto, que había dejado en la esquina.

En la calle me informó:

-Te hablo, mi querido Antolín –me dijo-, de la manera más confidencial. Me he pensado muy mucho, muy detenidamente, a lo largo de días y días, este paso que voy a dar. A nadie he dicho lo que te voy a decir a ti, ni a él siquiera; a él menos que a nadie, en realidad, pero alguien tiene que estar enterado en la familia, y creo que tú, en tu calidad de sobrino mayor superviviente, varón, se entiende, eres el más indicado.

Hablaba de forma mesurada y lenta pero nerviosa. La excesiva cantidad de palabras que empleaba era, para mí, un síntoma (una muestra) evidente de su nerviosismo.

-Tal vez yo cometa -siguió diciendo, tras unos segundos de un silencio algo incómodo- una injustificable preterición con doña Concepción, aunque no creo que así sea. Ella es vieja y tie-

ne la salud muy quebrantada, como tú bien sabes, de modo que prefiero no abrumarla con más sufrimiento; en todo caso te cedo a ti la responsabilidad.

‘Estimo (siguió diciendo) que no traiciono ningún secreto de mis pacientes en este caso, ya que el código deontológico, si no el juramento hipocrático, es muy claro en estos supuestos: si por la razón que sea no se puede informar al interesado, infórmese entonces al pariente más próximo o adecuado’.

‘Y eso precisamente (terminó por decir el doctor) es lo que me dispongo a hacer’.

Se hizo un silencio.

Yo ya sabía lo que el doctor me iba a decir; sentí, por ende, un ligero mareo.

-Tu tío Federico se muere, Antolín –prosiguió el doctor-. Hace ya un tiempo que tiene bastante delicados el aparato digestivo y muy en especial los riñones. Cosas de la edad; esto, por desgracia, le ha afectado el corazón; lo tiene muy maltrecho. No creo que le queden ni siete meses de vida.

La cifra ‘siete’ me hizo comprender que el inesperado diagnóstico no admitía réplica. Si hubiera dicho ‘seis meses’ o ‘un año’, o inclusive ‘nueve meses’ yo hubiese podido dudar, tener una esperanza. Aquella precisión temporal me la vedaba.

Me despedí atropelladamente del doctor y volví a casa.

2)

Rumié el secreto una semana, cabe que diez días, y al final, vencido por la angustia y la incertidumbre (y aunque sabía en el fondo de mí que no debía hacerlo), se lo comuniqué vis a vis, torpemente, a Laura Magdalena.

-Todas nuestras esperanzas se han desmoronado –terminé por afirmar.

-No.

Laura Magdalena se había puesto de pie, temblando, con los puños apretados. No me miraba. Yo seguía sentado, hundido de hecho en el carcomido sillón de muelles inquietos, junto al hogar en rescoldos y cenizas, que despedía un tibior mortecino.

-Siempre hemos contado con ese dinero, Antolín –dijo mi hermana, con voz áspera y seca y a la par aguda-. Es nuestro. Ese dinero era de nuestro abuelo, y nosotros somos los herederos de su sangre. ¿Por qué tiene que ir a dar a esa vieja y a su odioso hijo? No lo toleraré, Antolín, ¿me oyes?

-¿Qué puedes hacer tú, Laura Magdalena?

En efecto, ¿qué podía hacer una pobre solterona ya entrada en años, como ella, que lo único que sabía era cuidar de su casa, hacer croquetas, preparar el té y contabilizar ropa blanca? Por piedad me callé lo que pensaba, que por lo demás Laura Magdalena no ignoraba, no podía ignorar.

Con expresión reconcentrada (acaso furiosa), ella contemplaba el moribundo fuego del hogar. -Tal vez –le dije- tío Federico haya hecho testamento.

-No seas necio –contestó con rabia Laura Magdalena-. Tío Federico le tiene horror a la muerte. No haría testamento nunca; sería como convocarla. Yo tampoco lo haría, si estuviera en su lugar y tuviera qué testar.

Serenada, Laura Magdalena se volvió a sentar; se tironeó de las faldas, largas, pesadas, envolventes, negras, y se ajustó los corpiños sobre el somero busto.

-Algo haremos, Antolín –afirmó-. No permitiré que nos despojen, que Matildita siga creciendo en la pobreza.

Matildita, nuestra única sobrina, de trece años entonces, era la única hija de nuestras hermanas gemelas, las menores. La niña constituía, para Laura Magdalena, el entero universo. Yo pensé en la niña, de pelo castaño claro, algo anémica, muy bonita, cabía que realmente bella, muy pálida también, que a aquellas turbias horas tardías (era cerca, ya, de medianoche) dormía arriba –sin duda-, en su parca habitación, y sentí una oleada de consternación, y de ternura y conmiseración.

¿Qué podíamos hacer si no resignarnos y aguardar?

3)

La fortuna nos daba de golpe, una vez más, la espalda.

Eso me dije y repetí, abrumado y cansado, al subir a acostarme y ya echado, como yerto, en la vieja cama turca de una plaza, solitaria y fría, de mi dormitorio.

Me sentía impotente, viejo.

Tardé una infinitud en conciliar el sueño.

Yo, por lo demás, a fuer de sinceridad, he padecido siempre de bonhomía, sinónimo quizá – mucho me temo- de cobardía. Soy incapaz de luchar contra la adversidad, y mucho menos de pensar en matar, en lastimar o perjudicar siquiera a nadie ni para beneficiarme yo ni para favorecer a otro cualquiera.

Laura Magdalena era distinta. Yo, que la creía apocada, tímida, casi anulada de insignificancia, soltería, virginidad y servidumbre, estaba muy equivocado. Laura Magdalena, no lo supe ver, era implacable; una especie de instinto maternal derivado, de segunda mano, sin duda, pero no por ello menos intenso, la había trabajado en secreto, la había moldeado, la había modificado sin que mis sentidos lo percibieran. Acaso ni siquiera los suyos propios lo advirtieran hasta llegado el día en que ella, fría y horriblemente, actuó.

De resultas de aquella torturante (y tan indiscreta) revelación mía nocturna, Laura Magdalena pasó a adoptar una peculiar actitud acechante. Recuerdo una tarde que todavía me produce un vago y viscoso horror:

Atardecía.

En la antecocina, mientras esperaba que el agua para el té hirviera, un día cualquiera de entresemana, con la mirada perdida, a través de la ventana, en nuestro moribundo jardín, Laura Magdalena se restregaba las manos, ladeado el cuello. Pensé, al observarla, en una mantis religiosa camuflada, en una madre desesperada y devota, no por postiza menos alevosa y cruel.

Matildita se mecía en un columpio colgado de una rama horizontal del gran jacarandá del jardín. Laura Magdalena, que entonces la miraba, sacudió la cabeza y se apartó de la ventana; su gesto era sombrío.

-Si tú creyeras en Dios, Antolín –me preguntó, sin mirarme-, ¿qué le pedirías?

-Dinero, supongo. ¿Y tú?

-El dinero son sueños. Yo le pediría algo más concreto.

Laura Magdalena se calló un instante, con la cabeza ladeada, sin haberme mirado todavía.

-Le pediría...–añadió, en voz más baja- ...muerte.

El cuerpo le tembló acto seguido, como por un largo escalofrío; quizá de odio; quizá de ira.

Cuando al final me miró, tenía los ojos apretados en rendijas. Abría y cerraba las afiladas manos.

TRES)

1)

Y pensar que en otro tiempo (que hoy parece ya tan remoto como si nunca hubiera existido) fuimos una familia populosa y feliz. Éramos siete hermanos, yo el tercero. Laura Magdalena, la segunda, era un año y un mes mayor que yo. De niños, nos habíamos inventado, entre ella y yo, nuestro propio lenguaje secreto, que nadie más entendía. Estábamos muy unidos.

En los buenos días lejanos de nuestra juventud, no era raro que toda la familia nos reuniéramos en torno de la mesa, presididos por la magnífica inutilidad de papá, cuyos plácidos y soñolientos ademanes y escuetas modulaciones conducían nuestra tertulia por senderos civilizados, refinados y sobre todo (más por voluntad de mamá que suya propia) franceses.

Mamá pensaba en francés; consideraba el español un idioma harto impropio para sutiles ideas. Era lectora fiel de Voltaire, de los dos Rousseau (Jean Jacques y Jean Baptiste), de Hugo, de Montaigne, de Molière y de Ronsard, así como del trascendentalista americano Emerson, al que leía en francés, como no podía ser de otra forma, ya que consideraba al inglés tan rudimental y bárbaro como áspero, obscuro y tosco (e inútil) al español. Su autor predilecto, de todas las maneras, era el para mí insoportable y somnífero Racine, cuyas pulidas y mesuradas tragedias mamá leía y releía con algo así como una pedestre y soterrada devoción. Recuerdo que a menudo repetía, en voz muy baja, largas tiradas de **Fedra**, que se sabía de memoria. Papá, por su parte, condescendía, con aquella sigilosa sonrisa suya que sobrevive, en mi memoria, a sus facciones, como la del ilusorio gato de Cheshire.

-Ande yo caliente y reviente la gente.

La anterior era una frase habitual, ritual, de papá, a cuyo significado craso y directo él le sumaba una pasión idealista, platónica: quería decir con aquello que uno debía suscribirse siempre al inhumano hedonismo (esto es al placer por el placer en sí), meta y finalidad que, en su caso, cumplidos entonces los sesenta, consistía en no hacer nada nunca que enturbiara su ánimo y contradijera sus disposiciones, después de medio siglo de haber hecho muchas cosas, todas mal (entre otras dilapidar en tres lustros la fortuna heredada por mamá después de arruinar en un lustro la firma que él había heredado de su padre).

2)

¿Qué recuerdos aún perduran, si hay alguno, de papá, bajo las impertinentes goteras de la quinta solariega de Quinta Castro, donde nació y morirá?

Nuestros padres fueron la primera pareja de buena familia que contrajo enlace sólo por lo civil en Montevideo; eran además primos carnales, y él era enemigo declarado de la iglesia constituida (era un incrédulo, si no un descreído y un ateo), de modo que de siempre se negaron a bautizar a sus sucesivos hijos. Mamá, por su parte, al menos en sus años de viudedad, era vagamente deísta, aunque no cristiana y mucho menos católica. Antes de enviudar, ya su mente se había encaminado (sospecho que tal vez bajo la influencia singularmente deísta de Emerson) en aquel sentido, si bien de forma harto vacilante todavía.

-No sé si creo en Dios –solía decir mamá-. Sé sin embargo que existe una substancia divina, en alguna parte, una chispa de la cual se esconde en todos y cada uno de nosotros.

Muerto papá, mamá se reafirmó en aquellas incómodas, y para mí (un ateo indolente pero convencido, como siempre he sido) chocantes y cabe que desagradables, creencias.

-Descarto que exista una vida futura –decía mamá-, tal al menos como la consideran las religiones monoteístas, pero sé que hay en todos nosotros un hálito inmortal, que emana de la substancia divina, esté donde esté.

Ninguno de sus hijos se lo discutíamos, por mucho que nuestras creencias fueran muy diferentes. Era aquél un respeto un poco ciego que todos (papá inclusive) le teníamos desde siempre a nuestra madre. Ella era suave y casi blanda por fuera, digamos (en sus palabras y gestos, en sus actos cotidianos), pero con un fondo de dureza interior que ni su marido ni sus hijos teníamos. Muchos de los antepasados castellanos y gallegos de mi madre (los Castro y los Lara) habían sido hombres –y mujeres- de horca y cuchillo, señores de la guerra y curas trabucaires. Aquella herencia, acaso, se transmitió hasta ella con sus últimos alientos y se disolvió en nosotros, sus hijos, en unos más y en otros menos. En mí se disolvió por completo.

3)

Papá, hombre encantador pero singular y medularmente ineficaz, era cronista de turf y masón. El negocio familiar de importación de carruajes de lujo y carricoches de caballos no tardó más de seis años en abocarse a la ruina, después de haber caído en manos de papá a la muerte de su padre.

Eso ocurrió en los años diez, cuando los vehículos a tracción mecánica eran una rareza en Montevideo todavía. Yo era muy niño entonces, pero aún recuerdo claramente los tramways a caballo, los vehículos a caballo, a los jinetes que trotaban sobre las calles de flamante adoquinado.

A la ruina (prosigo) de la firma familiar paterna la siguió la inversión desatinada de la herencia de mamá, que se fue, sobre todo, en la adquisición de terrenos inútiles.

Papá tenía la firme e inalterable convicción, sacada no sé de dónde y sustentada sobre no sé qué peregrinos conceptos, de que las ciudades crecían –concretamente en América, si no en todo el mundo-invariablemente hacia poniente (ponía de ejemplo a la colosal Nueva York, que tiene a naciente el mar), de manera que invirtió elevadas sumas en la adquisición de tierras pantanosas al oeste de Montevideo, que no creció ni una pulgada en esa dirección sino en la in-

versa, hacia tierras (pantanosas también) de naciente, que papá había desdeñado comprar en su día, cuando se las ofrecieron, con unos tan irrefutables como falaces e infelices argumentos. Esta traición de la demografía y de la civilización conminó a papá (ya arruinada por partida doble la familia) a apartarse definitivamente de la vida activa. Sus crónicas de turf, eso sí, las siguió escribiendo hasta el día mismo en que se acostó en el que sería su lecho de muerte. Tampoco interrumpió hasta entonces (rebasados los setenta) su actividad como pelotari en los frontones cerrados de pelota argentina a paleta. En cuanto a su críptica actividad masónica, ésta en ningún momento decayó, ya que para él la masonería, más que ninguna otra cosa, era un club de caballeros donde se podían emplear sin restricciones las palabras gruesas prohibidas por mamá en la mesa familiar.

4)

Papá murió a finales del cuarenta y ocho, después de una corta enfermedad, y su recuerdo se disipó rápido de la memoria de sus hijos; no así de la de su viuda. Mamá tenía colgados incontables retratos fotográficos del difunto en las paredes de su extenso dormitorio, más un gran retrato al óleo de los dos que había ejecutado Modestino Zavaleta en 1913.

Sus siete hijos, por nuestro lado, nos olvidamos pronto de papá, pero en vida lo quisimos de verdad, profundamente, todos nosotros. Era un hombre que se hacía querer, aunque por su carácter –mucho más difuso y blando de lo que él suponía- era fácil de olvidar, una vez hubo desaparecido.

Zavaleta, por cierto –a pesar de lo muy conocido y altamente cotizado que fue a lo largo de mucho tiempo-, no era un gran pintor, ni mucho menos (y esto yo lo supe creo que siempre). El gran retrato de mis padres, que colgaba sobre la cabecera de la amplia cama de matrimonio, siempre me produjo a mí un incierto desagrado, una sensación oscura de falsía y reblandecimiento que me causaba melancolía y desazón. No me gustaba mirarlo.

Recuerdo que una vez, ya muerto papá, en un vernissage de no sé qué pintor en no sé qué galería, el crítico de arte y esteta Gabriel Inocencio Villoldo me dijo que Zavaleta no sólo era un mal pintor, sino que su ejemplo pernicioso había afectado, a lo largo de décadas, el decurso de la retratística nacional.

-Hoy todavía –pontificó- muchos lo imitan. Basta mirar estos patéticos cuadros de este pobre sujeto que expone hoy aquí. La relamida paleta del infausto Zavaleta, así como sus tímidos y almibarados brochazos, le han hecho más daño a este país que cuatro revoluciones.

Villoldo era un hombre grave, mesurado, abstemio entonces (después de haber vivido, según se comentaba, una alegre juventud de calavera y bebedor), de poblada cabellera, caspa en las hombreras y bigote vanguardista (o belle époque), que se vestía con esmero, con golilla abierta, camisas almidonadas y replanchadas y una corbata de pajarita a lunares que asomaba entre los colgajos de la golilla. Villoldo me miraba muy serio, aquella noche, por encima de unas gafas bifocales alargadas. Sostenía en una mano un gran vaso con agua mineral y varias piedras de hielo, que sacudía con sucesivos retintines. Le dije que en nuestra casa teníamos un retrato de nuestros padres, pintado por Zavaleta, y el esteta no pudo reprimir un leve gesto de horror. -¿Aún cuelga? –preguntó.

Parecía más que asustado. Parecía conmocionado, en estado de shock. Su floja papada se sacudía a espasmos sobre su corbata de pajarita.

-¿Cómo que si cuelga?

-¿Cuelga de alguna pared?

-Es claro.

-Pues descuélgalo, Antolín. Y después quémalo, escóndelo, véndeselo a algún ignorante. Yo te puedo dar nombres. No mantengas en tu casa tamaña abominación.

-Mamá me mata si lo descuelgo.

-Las madres son un calvario. Para el arte, por lo menos.

Papá y Zavaleta, sea como fuere, habían sido muy amigos, aunque el pintor era, por quince o veinte años, el más viejo de los dos. Papá, por lo tanto (en honor de la amistad, más que por ninguna inclinación estética, de las que él, por lo demás, carecía), tenía en gran aprecio aquel retrato.

A mamá, creo yo, el gran retrato le gustaba, por lo menos al final de su vida, ya viuda (si es que en realidad le gustaba), porque le había gustado en su momento a papá.

El cuadro, de buenas dimensiones (metro ochenta de alto por metro veinte de ancho) los mostraba a los dos, papá y mamá, tras una balaustrada de taraceadas columnitas rechonchas, en el Hotel Británico del balneario marítimo de Nueva Helvecia, contra un fondo de ventanas y chimeneas, sábanas colgadas y palomas volando, más un cielo opresivo entre gris y amarillo. Papá, muy alto y sonriente, con unas elegantes gafas de pinza calzadas (¿por qué?: él, que jamás llevó gafas sino al final de su vida, y que era capaz, en sus buenos tiempos, de leer el número del tramway a cien metros de distancia), apoyaba una mano en un hombro de mamá. Los dos sonreían, ella (al parecer) vagamente atemorizada. Mamá parecía muy pequeña y muy frágil al lado de papá; le llegaba, con moño y sombrero incluidos, a la altura o poco más del codo.

Las gafas de cinta de papá, claro está, eran una de sus bromas, que se había puesto, prestadas al efecto por el gerente del hotel, para aquel retrato. Papá bromeaba con todo.

El cuadro, a partir de 1913, cuando yo tenía dos años, colgó sobre la cabecera de la amplia cama de matrimonio del dormitorio de nuestros padres hasta que mamá murió en ella (papá había muerto, también en ella, unos cuantos años antes). Un tiempo después de morir mamá (cuando doña Concepción aún vivía), Laura Magdalena me mandó descolgarlo (Matildita me ayudó a hacerlo) y lo vendimos. Se remató, de hecho, al mejor postor, en la Gran Casa de Subastas Ventimiglia.

Después de una somera puja, a la que yo asistí, nos pagaron algo más de doce mil pesos por el cuadro, lo que no estaba nada mal. Valga señalar que la cotización, entonces, de Zavaleta, para alivio –supongo- de la retratística nacional, ya no era lo que había sido diez o doce años antes.

Siempre he asociado, no obstante, y sobre todo desde que no lo tenemos, aquel desafortunado retrato a los mejores tiempos de nuestra vida de familia, cuando los siete hermanos todavía vivíamos y éramos jóvenes, relativamente al menos; cuando papá practicaba asiduamente la pelota vasca a paleta en el frontón o trinquete cerrado del Círculo de Armas y mamá aún salía de la casa para visitar a parientas y amigas. Las gemelas no se habían casado todavía y Matildita, claro está, aún no había nacido.

¿Eran aquellos tiempos realmente felices, en parte al menos, o es falsa aquella vieja dicha? ¿Es falso el gastado tono dorado del sol de aquellos años en nuestro todavía cuidado jardín? ¿Son falsos los aromas a jazmines y violetas que endulzaban aquel aire desenfadado y juvenil de mis recuerdos? (Yo, por lo demás, valga apuntarlo, siempre he tenido un penoso sentido del olfato.)

5)

-Recuerda la manzana del inglés, hijo mío –me aconsejó papá más de una vez, cuando yo aún era joven-. Todo cae, no lo olvides. Cuanto más alto se remonte uno más duro será caer. Esta gris filosofía papá la practicó con inusual energía y con parejo (con improbable) entusiasmo a lo largo de todos los minutos de su vida. Murió de una obstrucción de las coronarias a los setenta y cuatro años.

Un día, un par de años antes de su muerte, papá había caído desmayado después de un reñido match de pelota vasca a paleta; lo metieron en la cama y ya no se levantó. En su lecho –que era ya el de su muerte- conoció a su única nieta, Matildita, que nació seis o siete meses antes de que él muriera.

-No sabes tú cuánto quiero yo a esta niña, Antolín –me dijo una vez papá, con la niña medio dormida sobre la manta de cama-. No sabía que se pudiera querer tanto a un ser hecho aún a medias, que sólo come y llora y hace sus aguas mayores y menores. Quiero decir que chupa la teta y que mea y caga.

Papá no podía dejar pasar la ocasión de pronunciar con deleite palabras subidas.

-A ninguno de ustedes, por cierto –añadió-, lo quise así de bebé. Ni siquiera a Ramiro, que fue el primero. Tampoco a las gemelas, tan inesperadas por cierto, que eran dos y las últimas.

6)

Matildita fue hija de las gemelas, ya lo he dicho, nuestras hermanas menores; de cuál de ellas lo fue nunca lo supimos a ciencia cierta los demás, sólo ellas dos.

Las gemelas se casaron a la vez, las preñaron a la vez sus respectivos maridos y alumbraron en la misma fecha y sobre más o menos a la misma hora, sólo que una de ellas lo hizo de un hijo muerto (o que murió poco después de haber sido alumbrado, algo que nunca se aclaró). Por eso secretamente las dos se conjuraron y decidieron que la hija viva lo fuera de ambas.

Así creció Matildita, hija de dos madres; también a la par de otros tantos padres, hartos por lo demás superfluos.

Papá adoraba a la niña; sólo hablaba de la niña desde el día en que ella nació, y se murió con el nombre de la niña en sus labios.

7)

Por las más pedestres razones, id est a fuer de legalidad, Matildita fue provista con el apellido Bermúdez, que era el de uno de sus sendos padres, Sebastián, un privilegio que, según se contaba –aunque él se negaría siempre a confirmarlo-, éste se había ganado por sorteo con barajas, a la carta más alta.

Arístides Irazusta, por cierto, el perdedor, jamás se resignó, y como era el preferido de papá (o mejor dicho al que papá menos detestaba de los dos), se dio en intrigar cabe a papá, que no podía ni ver a Bermúdez. El resultado fue que papá, que siempre fue un bromista, si bien algo pa-

tético (acaso todos los bromistas lo son), llamaba a su nieta –su última broma pesada- Irazustita.

-Irazustita mía, tesoro mío –fueron sus palabras postreras.

Después lo enterramos y se le olvidó, pero el conflicto de los apellidos de la única nieta no se resolvió. Antes al contrario, recrudesció de hecho cuando Angélica, la menor de las gemelas, la siniestra (quiero decir la zurda), se separó primero y divorció a la postre de su marido; estaba casada con Sebastián Bermúdez. En esta favorable tesitura, Irazusta reclamó el trastrueque de apellidos en su beneficio, a lo que ambas gemelas se negaron. Esto, por lo demás, era un resultado fácil de suponer, teniendo en cuenta la peculiar psicología dual de mis hermanas menores.

-Una apuesta es una apuesta. Sebastián la ganó a la carta más alta. No hay más que hablar –sentenciaron.

No había apelación posible, y hasta el propio Irazusta lo sabía. No insistió con aquello.

8)

El apellido Bermúdez tenía, dicho sea, mucho más cachet social que el de Irazusta, un apellido de meros terratenientes vascos, mientras que por la sangre de los Bermúdez corría entera –como se decía- la historia de la patria.

El primer Bermúdez destacado, que yo sepa (lo menciono aquí al pasar), fue el capitán del Cuerpo de Blandengues, nacido en España, Serafín Félix López de Bermúdez, que en 1787 cargó al frente de su regimiento contra un malón de indios charrúas y murió de un lanzazo. Su hijo Félix Sebastián Bermúdez y Lahoz (que se había quitado en su momento, convenientemente, el incómodo patronímico inicial) fue uno de los patriotas juramentados en La Florida, quienes, bajo la égida de fray Bentos Sarracino, el 21 de septiembre de 1809, proclamaron el llamado Grito de la Florida, primer alarde independentista que se producía en la comarca. Un hijo del citado, esto es de Félix Sebastián, de nombre Félix Valentín, fue presidente interino del llamado gobierno de la Defensa, de agosto a noviembre de 1842, durante el largo sitio de Montevideo. Juan Sebastián Bermúdez y Díaz de Carvajal, tío abuelo de nuestro Sebastián (y sobrino del antecitado Félix Valentín), fue presidente efectivo de la república a la salida del cargo de Saldumbide, en 1872; fue exonerado de su alto cargo por el ‘putsch’ del coronel Latorre, en 1875.

Prudencio Félix Bermúdez de Damborenea, por otro lado, primo carnal del presidente Juan Sebastián Bermúdez, luchó a lo largo de una década en las guerras separatistas del embrionario –

y fallido- estado de Río Grande do Sul contra el imperio centralista del Brasil (apoyado este último por tropas inglesas, como no podía ser de otra forma), llegando al grado de mariscal de campo. Murió nonagenario, en la década de 1920, rodeado de hijos, nietos y biznietos y de borrosos recuerdos de algaradas, combates y fusilamientos (las casacas rojas de los ingleses al ataque, a bayoneta, figuraban en sus labios cuando murió). Hay una calle en Porto Alegre que lo recuerda; no hay ninguna, por cierto, en Montevideo.

Otrosí valga mencionar a Bernardo Ramón Bermúdez de Oropesa, autor de la primera novela publicada en Montevideo, en 1849, la hoy ilegible **Romanzón gauchesco**. Bermúdez de Oropesa fue también autor de incontables versos cargados de ripios, de un tratado a favor de la introducción de sementales vacunos de raza Hereford (era un abundante terrateniente), así como de varios opúsculos o panfletos políticos y económicos a favor de la implantación, en Sudamérica, de una monarquía incaica que pudiera dar unión y trabazón a los varios países desperdigados y a menudo enfrentados que la componían y aún la componen. Nadie, por de contado, le hizo el menor caso. Era cerradamente enemigo de Bolívar (por napoleónico y antiespañol), de San Martín (por europeísta y anglófilo) y de nuestro héroe Artigas (por montonero y cerril). Hubo, además, entre los Bermúdez, varios senadores y diplomáticos decimonónicos, así como un general, por lo menos, de caballería, que no fue otro sino el tristemente célebre Beltrán Luis de Bermúdez y Brito del Pino, comandante de la caballería oficialista en la guerra civil de 1897, que fue quien ordenó los fusilamientos de los después llamados Mártires de Mansavillagra. El doctor (abogado) constitucionalista Edelmiro French de Bermúdez, principal autor y promotor de la gran reforma constitucional laica de 1911, era sobrino carnal del citado general. En adelante, por desgracia (esto es, a lo largo del siglo XX), la fortuna política (y económica) de la familia Bermúdez decayó, pero en todos —o casi todos— los manuales de historia se la recuerda como una de las principales (si no la principal) en la formación independiente del país.

[Comprar el libro](#)

[Comprar el libro en Amazon](#)

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten

[alvarocastillo.net](#)